

DISCURSO SOBRE LA UNIVERSIDAD Y SU REFORMA¹

por Jorge Millas

Señor Director de la Escuela de Verano, ilustres colegas, amigos estudiantes:

Quiero, en primer lugar, desahogar la emoción muy auténtica con que turban mi ánimo las palabras de recepción que mi colega panameño acaba de pronunciar, y que lo turban tanto más cuanto que no tengo una conciencia muy clara de ser verdaderamente merecedor de ellas. Y no sólo quiero agradecerle la generosa adjetivación con que ha subrayado mi aparición ante ustedes, sino además, la advertencia que ha hecho de no elevar demasiado la expectativa frente a esta intervención mía, que abre, según entiendo, un ciclo de debates sobre el problema de la Reforma Universitaria en Panamá, toda vez que yo he aceptado improvisadamente intervenir aquí, puesto que el cometido de mi viaje a Panamá era otro. No obstante, voy a hacer una exposición que, si no pretende tener carácter de Conferencia, pudiera servir como registro abierto de lo que a mi entender constituye la esencia de los problemas que afectan a la Universidad contemporánea, como un memorándum para la orientación de un diálogo que les permita beneficiarse a ustedes de mi experiencia y a mí de la de ustedes.

¹En el Verano de 1963, el Profesor Jorge Millas fue invitado por la Universidad de Panamá a inaugurar un ciclo de conferencias sobre Reforma Universitaria, a cargo de algunos escritores hispanoamericanos. El siguiente texto contiene el discurso del Profesor Millas, según la transcripción de la cinta magnética preparada por los organizadores del ciclo y revisada por el autor. Al discurso siguieron varias preguntas del público, de estudiantes y profesores. Las principales de ellas, con las respuestas del orador, aparecen al término de su discurso.

Y quisiera comenzar acotando con cierta precisión el tema que me gustaría ofrecer como pretexto de ese diálogo. No se trata, en verdad, de la "Reforma Universitaria". Tal expresión es un poco equívoca. Asociada ya tradicionalmente, casi por cerca de cincuenta años, al movimiento espiritual de América, ha venido a tener una significación tan amplia, que resulta difícilmente controlable para quien intente hacer un planteamiento científico del problema, no sólo de la Universidad contemporánea en general, sino además del problema de la Universidad contemporánea en nuestros países americanos. Además, la expresión "Reforma Universitaria" se ha identificado con determinada concepción de la Universidad; por lo tanto, con una especie de ideología universitaria, no sustraída al influjo de ideologías relacionadas con problemas de otra naturaleza. Hablar, pues, de la "Reforma Universitaria", así, sin advertencia previa, implica o el compromiso de predicar ese modo determinado de interpretar la Universidad, o el compromiso de decidirse en contra de ese modo; planteamiento con el cual está ya irremediablemente perdida la posibilidad de ganar una conciencia objetiva, científica, realmente orientadora de los problemas de la Universidad misma.

Esta consideración, no implica, sin embargo, rechazar de antemano la idea de que, si, en efecto, hay un problema de la Universidad, debe ser afrontado a través de un proceso de reforma. Pero entonces la palabra reforma no viene a tener el sentido que le da la letra mayúscula con que se la utiliza, el de una ideología o prejuicio frente al problema de la Universidad, sino el que le da la palabra con minúscula, el mero sustantivo reforma, que implica, en este caso, el *planteamiento* de un problema.

Pues bien, el problema de la Universidad en nuestro tiempo, no puede considerarse en abstracto; quiero decir, no puede sustraerse al problema general de la sociedad y la cultura de nuestro tiempo. Es bueno por ello que desde la partida comencemos mostrando cómo esta notoria y aguda conciencia que de sí misma toma la Universidad, a través de sus estudiantes y maestros, no es un fenómeno exclusivo de la Universidad como tal, sino una nota característica de la sociedad y la cultura de nuestra época.

Si yo me viera avocado a la tarea de poner en fórmula estricta y sumárisima, lo que a mi modo de parecer pudiera señalarse como lo más característico de la etapa espiritual que representa nuestro tiempo, yo me atrevería a decir que nada la distingue tanto entre las otras épocas de la historia humana, como eso que pudiéramos llamar la autoconciencia crítica. Ninguna otra edad histórica tuvo como la nuestra esta dramática y a veces histérica preocupación por su naturaleza y su espíritu. Y quien

sabe si nada pueda darnos, señalarnos un signo material más inequívoco del significado que tiene para nuestro tiempo la autoconciencia histórica, como el inventario realmente abrumador de los libros que en nuestro tiempo se han escrito sobre la esencia de nuestro tiempo. No hay siglo alguno de la Historia que cuente con un inventario tan numeroso de trabajos en que el tema de la investigación consista en preguntarse por el destino de la época. ¿Qué puede tener, pues, de extraño que ahí en donde por naturaleza de su propia misión la conciencia histórica ha de ser más viva, más sensible y alerta, la institución universitaria, encontremos precisamente planteada la pregunta sobre su naturaleza y su destino, sobre su esencia, sobre su responsabilidad, sobre su misión? Es evidente, pues, que la pregunta que todas las universidades del mundo, a través de las inquietudes de sus estudiantes y de sus maestros se hacen respecto a lo que ha de ser la Universidad, no es sino un aspecto de las preguntas que la sociedad y la cultura entera se plantean sobre la que ha de ser la sociedad y la cultura, en buenas cuentas, sobre el hombre mismo.

Y esta pregunta sobre lo que ha de ser la Universidad, aspecto, repito, en que se especifica la conciencia y la preocupación histórica de la sociedad y la cultura respecto a sí mismas, conduce, por lo pronto, a una conciencia típicamente historicista, que tiende a condicionar casi todos los planteamientos que sobre la Universidad se hacen. ¿Qué quiero decir? La cosa por demás sencilla de comprender y obvia de verificar, de que la Universidad es función de su tiempo y de su medio. Aparentemente una perogrullada. No obstante, una perogrullada que se encuentra en el centro del debate universitario, de la cual se hace uso frecuente, se proclama como consigna y se la hace funcionar como ideal.

No hay, en efecto, programa de reforma universitaria que no comience llamando la atención de la conciencia pública sobre esta cosa tan obvia de que la Universidad ha de ser función de su tiempo y de su medio.

Lo que esto realmente signifique no lo tenemos siempre en claro. Y si los que creemos en esto nos preguntamos, en un esfuerzo por ser intelectualmente responsables, qué es lo que queremos decir con esta frase (el pensamiento originario, como suele ocurrirle a muchas ideas creadoras, ya ha pasado a ser una frase) de que la Universidad debe ser función de su tiempo y de su medio, es probable que nos encontremos con algunas incertidumbres, que no tengamos una idea muy clara de lo que pueda significar esto de función ni en qué sentido operan aquí las nociones de tiempo y de medio.

Pero dejemos la cuestión por un instante, pues lo que ahora nos interesa señalar en este rápido esbozo es que el énfasis que esta conciencia crítica de la Universidad contemporánea tiende a poner en lo que podemos llamar la idea relativa de la Universidad, esto es, la idea de que ella es función de algo que no es ella, su tiempo y su medio, tiende a embotar peligrosamente nuestra conciencia para lo que yo, manteniendo la simetría de las expresiones, quisiera llamar la idea absoluta de la Universidad. Porque, en efecto, frente a la idea relativa, o mejor, frente a la idea de la *situación* relativa de la Universidad como función de su tiempo y de su medio, cosa que, digo una vez más, entre paréntesis, no es en realidad muy clara, existe otra idea, la idea absoluta de la Universidad o la idea de la *situación* absoluta de la Universidad, cosa que ya no sólo no es clara, sino que generalmente resultará perdida en la oscuridad de la otra idea, de la idea, la noción de la Universidad como función de su medio y de su tiempo, la cual no puede ser realmente clarificada ni pensada con verdadera responsabilidad si antes no tenemos una conciencia igualmente clara y con igual responsabilidad intelectual pensada, de la idea absoluta de la Universidad. ¿Qué quiere decir esto? Pues quiere decir que así como hay una determinación de la Universidad en cuanto pertenece a un medio y a un tiempo, hay también y como condición previa para la comprensión de la otra, una idea de la Universidad en cuanto determinada por la índole de la cultura espiritual del hombre en cuanto tal. En otras palabras, que la Universidad como función de su medio y de su tiempo, tiene que ser ante todo Universidad en el sentido en el que este nombre designa una institución que antes de determinarse por las circunstancias relativas del medio y del tiempo, se determina por el hecho de ser una institución espiritual del hombre civilizado.

Comienzo, pues, afirmando la preeminencia de esta cuestión de la esencia de la Universidad sobre la otra del accidente de la Universidad para expresarme en términos de técnica filosófica. O mejor, comienzo afirmando la preeminencia del problema de comprender la Universidad como función de la vida humana en general antes que como función de la vida, según ella se da en un tiempo y en un medio. Pero claro, yo no podría permitir que esta expresión pudiera deformarse al punto de atribuirseme pensar que de la Universidad se pueda hablar en abstracto, se pueda hablar especulativamente, de espalda como hoy se dice, a la realidad de la vida. Al contrario, justamente porque no quiero hablar de la Universidad en abstracto es porque invito a pensar primero la Universidad en su esencia como función de la condición humana en lo que ella tiene de esencial. Porque es hablar en abstracto de la Universidad, inten-

tar resolver sus problemas sólo en función de la situación relativa de la Universidad dentro de un tiempo y de un medio, porque entonces corremos el peligro de terminar concibiendo el proyecto de algo que aunque sea función estricta de su tiempo y de su medio, haya dejado de ser Universidad. Y esto lo pondría, en conclusión, en la fórmula de que la Universidad debe ser para su medio y para su tiempo siempre que sea Universidad. Por consiguiente, la cuestión que tenemos a esta altura de la exposición que preguntarnos es: entonces qué es la Universidad; en qué consiste esa idea absoluta de la Universidad como función de la cultura humana en cuanto a tal.

O, para ponerlo en relación con el planteamiento polémico que estoy haciendo, ¿qué es aquello que no puede en ningún caso dejar de ser la Universidad, ni aun a pretexto de convertirse en el espejo de su tiempo? Y lo que la Universidad no puede dejar de ser como función de la condición humana en cuanto a tal, es una comunidad de maestros y de discípulos destinada a la transmisión y al progreso del saber superior. Ustedes ven, la fórmula no tiene nada de sorprendente ni de alambicado: es directa y simple, y no hace sino ponernos a la vista algo que todos, explícita o implícitamente, sabemos. Pero lo pone ahora de un modo dinámico, en función del problema que nos estamos planteando. Y, sobre todo, pone la esencia de la Universidad ante nuestros ojos como un desafío a pensar el problema de la Universidad a partir de ella misma. La Universidad, quiero insistir en ello, no puede dejar de ser bajo ningún pretexto una comunidad de maestros y de discípulos, destinada a la transmisión y al progreso del saber superior. Pero quien sabe si convenga que, no obstante la facilidad de la fórmula, nos detengamos, aunque sólo se trate de un par de minutos, a preguntarnos cuál es ese saber superior cuya transmisión y progreso constituye, por lo visto, la tarea de la Universidad. Ese saber superior no ha sido siempre el mismo. No lo fue como lo es hoy, en la época en que surgen las Universidades que hoy conocemos; ni lo había sido antes, cuando otras instituciones desempeñaban funciones más o menos semejantes a las que hoy desempeñan las Universidades. La verdad es que aun cuando todos hablemos de las Universidades como de instituciones que surgen en la Edad Media como una de sus grandes creaciones, siempre hubo alguna institución que desempeñó la tarea, que por modo más sistemático vinieron a atender después las Universidades. Por ejemplo, la Academia Platónica o las Escuelas de las Cortes cuando no había Universidad. Pero ese saber superior, digo, no ha sido siempre el mismo, no ha sido siempre el mismo como contenido y, no obstante, la fórmula vale por modo universal, porque a través de sus cambios tal saber ha mantenido una característica: ser

el saber que surge como producto de las técnicas más elaboradas que el tiempo dispone para la búsqueda, el discernimiento, la integración y la verificabilidad del conocimiento humano. De modo, entonces, que si esto es así, si este es el saber a que la fórmula alude, quiere decir que a la Universidad le corresponde la custodia de un tesoro: el mejor saber de su tiempo. El mejor saber en cuanto a que se trata del saber que es producto de las técnicas más elaboradas para la búsqueda, la investigación y la verificación del conocimiento. El mejor saber de su tiempo, es decir, el que resultaba de las únicas técnicas hasta entonces desarrolladas para la investigación y la verificación durante la Edad Media, es justamente el que se enseñaba en las universidades medievales con el método escolástico. Por eso la Universidad medieval fue auténtica Universidad en su tiempo, cumplió la función absoluta de la Universidad: la transmisión y el cultivo de este saber máximamente regulado por las técnicas de la investigación y de la crítica. Pero, claro, estas técnicas cambian. En nuestro tiempo no es ya el saber de la Edad Media el que constituye el sumo producto de los medios de que se dispone para investigar y juzgar críticamente el conocimiento. El tipo de este saber son hoy las ciencias, en el amplio sentido de la palabra, que incluye tanto la ciencia de la naturaleza física como las de la naturaleza humana. Querrá decir, pues, que, cuando aludimos al saber superior, cuyo cultivo, transmisión y progreso es función esencial de la Universidad, nos referimos a las ciencias; a la ciencia, vuelvo a insistir, tomada no en el sentido cientista que pueda dársele al término, sino en el de saber racional fácticamente fundado, que posee.

Pues bien, ya estamos bien adentro del tema, y nos hallamos en condiciones de acercarnos rápidamente a lo que nos interesa de verdad en esta exposición: el problema de la Universidad contemporánea. Si es así que la misión esencial de la Universidad se confunde para todo medio y para todo tiempo (y, por eso digo, que es la idea absoluta de la Universidad) con la transmisión y el progreso del mejor saber posible, la Universidad resulta comprometida con algunas exigencias de las cuales no puede eximirse sin dejar de ser Universidad. Y es muy fácil determinar cuáles son esas exigencias. Basta con volver a poner unos segundos de atención en el concepto de saber superior. Ese saber, en efecto, implica cuatro cosas: primero, como contenido, la construcción de una imagen del mundo; segundo, como valor inspirador, *la verdad*, entendida como disciplina del entendimiento; en tercer lugar, como valor instrumental o condición mediatizadora para que sea posible aquella imagen verdadera del mundo, *la libertad* de la investigación y de la expresión dentro de la comunidad universitaria; y, en cuarto lugar, como método

o técnica de la investigación y de la comunicación, la *discusión racional*, el diálogo crítico.

El saber superior a que aludo, viene a implicar, pues, para la Universidad, la exigencia del conocimiento como meta, de la verdad y de la libertad como valores y de los procedimientos de la discusión y el diálogo racionales como técnica. Tampoco puede la Universidad abandonar ninguna de estas cosas sin dejar de ser Universidad. Bajo ningún pretexto, ni aun el más peligroso de todos los pretextos: el que en otro tiempo pudo llamarse la salvación del alma, y que condujo a algunas formas verdaderamente negras del despotismo, y que ahora se puede llamar, por ejemplo, "justicia social" y que puede conducir también a nuevas formas del despotismo en una versión contemporánea.

Antes que nada la Universidad ha de ser el baluarte del conocimiento inspirado en la verdad y en la libertad y regulado por la discusión crítica y si, a pretexto de cumplir otras misiones que se proclamen exigencias de la época, la Universidad traiciona aquella su misión por excelencia, se destruye a sí misma. Se alcanzarán, posiblemente otros fines: pero habremos renunciado a la Universidad. Ya veremos lo que para el destino de la cultura y de la propia justicia social puede implicar el tener que renunciar a la Universidad. Es por eso que será en función de aquellas cosas absolutas que habremos de entender y de regular el llamado cada vez más enérgico —parte viva de la conciencia universitaria contemporánea— a que la Universidad sea función de su tiempo. Venimos a parar así al punto en donde comenzamos.

No es difícil comprobar, en efecto, que la idea de funcionalización de la Universidad por su medio y por su tiempo, pasa a tener ahora un claro sentido. ¿Qué vamos a querer decir con ello, si intentamos pensar responsablemente lo que significa la Universidad como función de su medio y de su tiempo, a partir de la idea absoluta de la Universidad? Pues una cosa muy simple: que la Universidad debe cumplir esta tarea de transmitir y promover el saber superior en función de las condiciones que a su transmisión y progreso plantea el nuevo rumbo de la sociedad. En otras palabras, cuando exigimos a la Universidad que sea función de su medio y de su tiempo la estamos desafiando a que resuelva el problema de transmitir y aumentar el saber crítico libre, dentro de las nuevas condiciones que para la transmisión del saber y su progreso ofrece la sociedad actual.

Tenemos así a la vista una conciencia muy clara de que se trata de salvar algo que se halla en peligrosa situación: se trata de salvar el conocimiento científico y los valores que él implica en un mundo que, habiéndole sido por una parte favorable, comienza por la otra a hostili-

zarlo, a impedirlo, a amagar, en buenas cuentas, su existencia. Y ésta es la gran tarea contemporánea de la Universidad, una tarea que, dando un poco la vuelta en torno al tema, podemos mirar aun bajo esta otra perspectiva. No cabe duda que el cambio social contemporáneo, éste que ha creado nuevas condiciones a la investigación del saber y a su transmisión, consiste fundamentalmente en dos cosas: la tecnificación de la sociedad y su masificación. La sociedad humana de nuestro tiempo va siendo, con ritmo de aproximación cada vez más acelerado, una sociedad técnica de masas; y, nos entusiasme o no la expectativa, nos complazca o no la transformación, se trata de un fenómeno natural de la historia, y de una magnitud tal, que ningún esfuerzo ideológico, ninguna desesperación reaccionaria, ninguna nostalgia metafísica, ningún escepticismo pueden ya anular. La vida humana se ha hecho función dependiente del desarrollo técnico y la sociedad se está masificando a ojos vistas. El problema de la masificación de la sociedad no es ningún problema nuevo; de él vienen ocupándose sociólogos, filósofos, moralistas, economistas, desde hace mucho tiempo. Lo que sí puede resultar necesario de subrayar aquí, ahora que nos interesa aclarar la situación relativa de la Universidad en la sociedad contemporánea, es el carácter histórico general del fenómeno de masificación. Extenso tema, con el cual no quisiera abusar de la paciencia de ustedes. Me voy a limitar a señalar sólo un detalle. La masificación de la sociedad ha implicado por primera vez en la historia la posibilidad de una auténtica y real exaltación del hombre, la posibilidad de que los valores puramente teóricos de la dignidad humana, considerados por los filósofos de antaño como propios de la esencia y la excelencia del hombre, puedan convertirse en realidad. La idea del hombre como valor fue, en efecto, una idea puramente teológica, primero, literaria después, y quizás si hasta política, pero fue apenas una idea realmente reguladora de la vida histórica. *Realmente* reguladora, digo, porque lo fue en verdad en algunos aspectos. La Revolución Francesa, por ejemplo, es un fenómeno en que de algún modo se intenta llevar a la realidad el ideal filosófico de la persona humana como sumo valor; y ya antes, el cristianismo había representado un primer intento histórico real de extender universalmente esta idea del hombre como valor. Pero el fenómeno de la masificación de la sociedad brinda al hombre contemporáneo la primera oportunidad para que, por modo integral, pueda pasarse de la *idea* de las excelencias humanas a la *experiencia* concreta de tales excelencias. Es por eso, la época de masas que vivimos una grande y maravillosa oportunidad que se ofrece al hombre en la Historia. Mas, por otro lado, la masificación, como antes advertí, es también un fenómeno natural y, como fenómeno natural, no

tiene objetivo ni implica elección de medios para alcanzarlo. Se produce sin más, con entera desconsideración al destino del hombre. Es por eso que, tratándose de una extraordinaria oportunidad ofrecida al hombre para ser cabalmente hombre, según lo consulta la idea filosófica de lo humano, es, a la par, el mayor obstáculo de tan espléndida expectativa. Lo es, por ejemplo, cuando junto con dar a las masas las condiciones reales necesarias para que el hombre se humanice de verdad (bienestar material y poder político), crea condiciones de vida espiritual que implican destrucción de aquel objetivo de autorrealización humana que, tanto el bienestar económico como el poder político prometen.

Por ejemplo, va siendo cada vez más difícil al hombre ser realmente individuo en el sentido espiritual de la expresión. Le va siendo cada vez más difícil ser el sujeto moral de sus propias convicciones y decisiones; se ve cada vez más expuesto a la mecanización de sus actos, al embotamiento de su conciencia crítica y a la complacencia en el abandono de sus iniciativas a la responsabilidad de los demás. Es cada vez mayor la tentación de entregarnos al automatismo de las ideologías, de escondernos detrás del grupo, para que él tome decisiones por nosotros; de renunciar a nuestra libertad de asumir responsabilidades; cada vez nos es más difícil sustraernos al influjo hipnótico de una sociedad mercantil que opera con los medios de la comunicación de masas, la radio, la prensa y la televisión, para envilecernos, para entorpecernos, para automatizarnos, sea en lo político, sea en lo comercial, sea en lo educacional, sea en lo cultural.

Jamás se habían ofrecido al hombre tan espléndidas expectativas de realizar lo humano, pero jamás tampoco se habían ofrecido tan peligrosas condiciones para desnaturalizar su verdadera condición. Y es esto lo que coloca a la Universidad en una situación peculiarísima en nuestra época, y lo que define el sentido concreto de la abstracta fórmula "ser función de su medio y de su tiempo".

La Universidad, en efecto, tiene ahora que cumplir su tarea de transmitir y desarrollar el saber superior, en el seno de una sociedad técnica de masas. Y es lo que la Universidad tiene que admitir como destino inexcusable, respondiendo al desafío de la nueva sociedad. Pero, claro, hay también para la Universidad el peligro de que por responder al desafío, pueda ella misma ser arrollada por los poderes irresponsables de esta sociedad que, siendo la gran oportunidad del hombre, está también dejándola perderse.

Yo creo que es indispensable distinguir entre una Universidad de masas y una Universidad masificada. La Universidad de nuestro tiempo no puede serlo sino de masas. Pero la Universidad de nuestro tiempo

no tiene por qué ser una Universidad masificada. Y yo, con aversión innata hacia las frases, no quisiera que esto que digo se tomara como una frase más. Cuando digo que la Universidad tiene que ser Universidad de masas, quiero decir que la transmisión y el cultivo del saber superior ha de hacerlo en relación con una sociedad multitudinaria que necesita de la educación más que nunca, por requerirlo las nuevas condiciones de ejercicio del poder dentro de ella. El poder, por ejemplo, se halla hoy universalmente distribuido: tienen poder los obreros, lo tienen los estudiantes, lo tienen las mujeres, lo tienen, en fin, sujetos de poder que antes desempeñaron una función puramente pasiva en la Historia. Pero además, este poder así compartido y distribuido, es cosa sumamente compleja, que involucra decisiones difíciles sobre cosas que sólo un buen conocimiento de los hechos y una adecuada previsión de sus consecuencias permite dominar. La educación superior se convierte así en condición sine qua non para el ejercicio responsable y eficiente del poder. La Universidad no puede hoy desentenderse de eso: de preparar a la sociedad de masas para el ejercicio masivo del poder político y de todas las otras formas del poder social. Tiene que responder al desafío de la sociedad de masas saliéndole al paso al ejercicio irresponsable del poder colectivo en nuestro tiempo. Por ejemplo, al ejercicio irresponsable del poder de la prensa. Las antiguas instituciones del poder no lo ejercen ya por modo universal como en otro tiempo; el poder no es hoy un privilegio de clases, por ejemplo. Tampoco existe ya aquel gran sujeto de poder que fuera en otro tiempo la Iglesia. La Iglesia continúa, seguramente, ejerciendo cierta influencia más o menos indirecta sobre las costumbres y los sentimientos de la sociedad y, sobre todo, sobre ciertas actitudes y sentimientos del individuo como tal. El terrible problema del destino personal será siempre una cuestión que el individuo habrá de resolver desde la singularidad de su propia vida y enfrentado consigo mismo y, posiblemente, la Iglesia pueda auxiliarle con la devoción y la fe en tal sentido. Pero el ser humano colectivo, el grupo social mismo, se encuentra con que el poder no es ejercido hoy día por instituciones verdaderamente responsables, que puedan, quiero decir, merecer la amplia confianza de los hombres por su experiencia, su sabiduría y la humana universalidad de sus designios. Y ésta es otra de las tareas para las cuales nuestro tiempo desafía a la Universidad, reclamando de ella las funciones de un verdadero sujeto de poder. Es por eso que si la Universidad trãciona su misión propia, por mal entender su situación dentro de la sociedad contemporãnea, se pierde para ésta la posibilidad de tomar concientemente su propio control

y de transformar lo que es un desarrollo ciego de la historia, en rumbo deliberado, preconcebido y controlado.

Pero en el camino de asumir esta responsabilidad de ser el poder espiritual auténtico, mediante el arma del conocimiento y de los valores de la verdad y de la libertad, la Universidad se encuentra obstaculizada por muchos peligros. El mayor es el que apunta al segundo miembro de aquella expresión que yo quiero evitar que se tome como frase: el de que ella misma se masifique. Y la Universidad se masifica cuando sus miembros dejan de ser individuos, cuando dejan de ser individuos los estudiantes y los maestros. Ello ocurre cuando unos y otros renuncian al privilegio y la penuria del pensamiento, que encuentran su origen en el esfuerzo personal y en la virtud moral de poder asumir, en virtud de la convicción crítica, la responsabilidad de hacer, sustrayéndose al automatismo a que nos llevan las ideologías y las tiranías de los grupos. Y hay un síntoma inequívoco del momento en que una Universidad se masifica: la tendencia a la interrupción del diálogo racional en el proceso de su desarrollo. Surgen entonces la desconfianza y la falta de respeto recíprocos entre los miembros de la comunidad universitaria; se comienza a desconocer el derecho a la divergencia y a calificar con epítetos abusivos a la opinión heterodoxa; convirtiendo, por ejemplo, el error de buena fe, o la simple discordancia frente a la mayoría, en estigma de traición, todo lo cual prepara el espíritu de asonada, el automatismo de una conducta que funciona antes como reflejo colectivo que como verdadera acción personal. Y de este estado de cosas pueden ser responsables tanto los estudiantes como los maestros y las autoridades universitarias, según las circunstancias.

El diálogo racional dentro de la Universidad queda interrumpido, como todo diálogo, con la violencia y la violencia en la Universidad es mucho más grave que la violencia en cualquier otro órgano del cuerpo social. Porque ésta, la Universidad, es la única en donde, dadas las condiciones masivas de nuestra sociedad, se pueden salvar todavía los valores del conocimiento y de la individualidad. Es el último refugio que en nuestro mundo, corrompido o por el mercantilismo o las ideologías políticas, puede encontrar el libre discernimiento. Desgraciadamente, hay muchas formas sutiles de la violencia dentro de la Universidad. Pueden, por ejemplo, ejercerla los maestros con el dogmatismo o con la actitud intransigente que niega el derecho a dudar y pedir. La ejercen también las autoridades universitarias cuando utilizan el poder a ciegas, invocando frente a los estudiantes el mero principio de autoridad, que excusa de la persuasión y de la comprensión de las situaciones vitales. Pero la violencia la pueden ejercer también los estudiantes, con la com-

plicidad de unas ideas pedagógicas empeñadas todavía en el mito de la juventud incorruptible y de sano instinto histórico. El daño que esta pedagogía un poco boba ha hecho a la formación adecuada de la juventud para las tareas de nuestro tiempo, al cohonestar su temeridad y atolondramiento, es mucho mayor que lo que los pedagogos han podido prever, encastillados en su romanticismo idealizador. La verdad es que la juventud ha de ser llamada también a capítulo como responsable, a su medida y modo, del estado de cosas de los nuevos tiempos. En la Universidad, por ejemplo, ella contribuye a menudo a la interrupción del diálogo mediante las asonadas y huelgas, que son de las peores formas de abuso de poder que malogran la vida universitaria. Porque a los estudiantes alcanza también el deber de no interrumpir el diálogo, de sentirse miembros de una comunidad en la cual tienen una legítima responsabilidad frente a las legítimas expectativas de los maestros, las autoridades universitarias y la sociedad entera. Pero cuando los estudiantes proclaman que el único modo como debe funcionar la Universidad es según su particular manera de entender los problemas y, proclamándose infalibles, asumen la actitud de la violencia estudiantil para imponerse, están traicionando también el espíritu universitario y cavando la tumba del espíritu libre, que es una condición aun para la transformación social que suele invocarse como vago pretexto de intransigencia por los demagogos universitarios. La nueva sociedad va a necesitar del conocimiento más que nunca, va a necesitar de la responsabilidad individual más que nunca, va a necesitar del espíritu más que nunca. Y es en nombre de la nueva sociedad que yo expongo estas ideas y no añorando el pasado de la sociedad injusta, francamente absurda que hoy se desmorona.

Ahora, con la conciencia de estas cosas, podemos volver al tema de la reforma universitaria. Pero ya esto puede verse de otra manera. La reforma no puede ser una consigna, sino una auténtica y clara conciencia de problemas. No puede tratarse ahora de la manía reformista, que ha venido imponiéndose entre los estudiantes de América: la manía, por ejemplo, del cogobierno, de la no asistencia a clases, de las cátedras paralelas. Si, en realidad, la reforma es una tarea con sentido, ha de orientarse por un solo objetivo: que la Universidad pueda cumplir su misión de cultivar el conocimiento en una sociedad de masas, con o sin cogobierno, con o sin libertad de asistencia a clases, todo ello según lo aconsejen las condiciones del medio. Nosotros no tenemos verdadero cogobierno en la Universidad de Chile, lo cual no le impide cumplir con su misión ni explica tampoco los defectos que la aquejan. Tampoco tenemos la libertad académica que distingue a las Universidades alemanas,

en donde los estudiantes apenas necesitan asistir a clases o presentarse periódicamente a exámenes, pero en donde no se gradúan sino a través de severísimas pruebas y rigurosos seminarios. Sería igualmente ingenuo atribuir a esta diferencia las comparativas limitaciones de nuestro rendimiento universitario. Lo prueba la experiencia de la Universidad francesa, organizada según otras normas, con mayores exigencias de programación y control y, no obstante digna émula de su congénere alemana. Yo llamo manías a estas ideas fijas que suelen apoderarse de la gente, a estos automatismos de conducta generados por convicciones acríicas y obsesivas, a estos fetiches ideológicos a cuyo servicio se pone hasta la comprensión de la realidad y el buen sentido. Posiblemente haya Universidades a las que convenga el cogobierno. No quiero predicar tampoco la manía del anticogobierno. Sólo proclamo la manía contra la manía: la de evitar que uno se automatiche hasta el extremo de convertir las ideas en fetiches y de sacrificarlo todo ante ellas.

Pero creo haber abusado ya bastante de la paciencia de ustedes. Dejo este discurso como un bosquejo de lo que se puede considerar una manera integral de entender el problema de la Universidad en nuestro tiempo; pienso que a ello se supedita toda otra cuestión concreta que pueda plantearse sobre reforma universitaria en sentido estricto. Mu-
chísimas gracias.

